

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Claudio Sánchez Albornoz: ORIGENES Y DESTINO DE NAVARRA. TRAYECTORIA DE VASCONIA. OTROS ESCRITOS (*)

La Comisión de Navarros de Madrid desarrolla desde hace varios años una campaña de ámbito nacional, activa y fecunda, orientada hacia dos objetivos principales: propiciar entre todos los españoles un más amplio y profundo conocimiento de Navarra y de su historia, e impedir la consumación, que en 1978 parecía inminente, de una maniobra política de gran envergadura destinada a raptar al viejo reino e integrarlo en la naciente «Euzcadi». Maniobra que era el fruto podrido, letal para Navarra y para España toda si hubiera seguido adelante, de pactos de gobierno vergonzosos que encontraron, como es sabido, un hueco en el propio texto constitucional hoy vigente.

En la actualidad ese peligro parece conjurado, y una parte no pequeña de ese éxito corresponde, sin lugar a dudas, a la citada Comisión, que supo alertar a muchos desorientados y sacudir conciencias amodorradas.

Uno de los frentes al que han prestado atención prioritaria los navarros afincados en Madrid ha sido el del rearme intelectual de sus compatriotas, harto necesario en una hora como ésta de intoxicación ideológica y desaliento moral. Una larga serie de conferencias, informes y circulares cuidadosamente elaborados y ampliamente difundidos, y un cierto número de libros, pocos pero selectos, han sido el resultado de su actividad infatigable.

Prueba de su buen hacer ha sido la atención que han prestado a la difusión de los trabajos sobre Navarra de nuestro primer historiador, don Claudio Sánchez Albornoz, el autor de obras tan importantes y definitivas como *Estampas de la vida de León hace mil años* (1926), *La España musulmana* (1946), *España, un enigma histórico* (1956), *La repoblación del valle del Duero* (1966) y varios tomos sobre el reino de Asturias que, con el título de *Orígenes de la Nación Española*, han sido publicados

(*) Edit. Planeta. Colección Ensayo. Barcelona, 1984.

no ha mucho por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1972-1975) (1). Un acierto digno del mayor elogio, puesto que los trabajos sobre Vasconia y Navarra del gran historiador constituyen, sobre un documento historiográfico de primerísima importancia para el conocimiento de los orígenes de Navarra, el más sugestivo y documentado alegato contra los mitos del nacionalismo vasco y sus afanes imperialistas.

Los artículos sobre Navarra y Vasconia de Sánchez Albornoz han sido, hasta la fecha, objeto de dos recopilaciones importantes y en cierto modo complementarias, cuyos títulos son: *Vascos y navarros en su primera historia* (realizada por el padre Gonzalo Martínez Díez, S. J., Madrid, Ed. Centro, 1974) y *Orígenes del Reino de Pamplona, Su vinculación con el Valle del Ebro* (Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1981, con prólogo de Francisco Javier de Lizarza). Se trata de libros muy densos, cuya lectura, por la índole misma de los trabajos de investigación que en ellos se contienen, eruditos y documentados de forma exhaustiva, está reservada a los especialistas en alta Edad Media.

La conveniencia de que el gran público tuviese acceso a las líneas maestras de las investigaciones sobre Navarra, de Sánchez Albornoz, movió a la Comisión de Navarros a publicar, hace siete años, un resumen muy breve de su pensamiento con el título de *La trayectoria histórica de Vasconia. El destino de Navarra* (Madrid, 1977, 38 págs.). Se echaba en falta, sin embargo, una síntesis más amplia en la que pudiese bucear el lector no especializado sin aburrirse y sin por ello renunciar del todo a tomar contacto con la complejidad de las investigaciones del gran historiador, la hondura de sus argumentos y la riqueza de sus fuentes. A esta necesidad, precisa y acuciante, responde el libro que comentamos, *Orígenes y destino de Navarra. Trayectoria histórica de Vasconia*, cuya lectura detenida recomendamos a cuantos navarros y españoles deseen disponer, frente a los ensueños agresivos del nacionalismo vasco, de un bagaje argumental exacto y contundente.

El libro consta de siete capítulos, que son extracto, o transcripción literal según los casos, de otros tantos artículos de Sánchez Albornoz, los más importantes o los que mayor luz arrojan sobre la actual problemática de Navarra. Va precedido de

(*) Un catálogo completo de sus obras ha sido publicado, con el título de *Bibliografía de Claudio Sánchez Albornoz y Menduñía* por el Instituto de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires (Buenos Aires, 1979).

una breve introducción de Francisco Javier de Lizarza y se cierra con una útil recopilación de escritos menores de Sánchez Albornoz, en su mayoría cartas suyas a la Comisión de Navarros de Madrid, con observaciones y declaraciones del más alto interés sobre la hora presente de Navarra y de Vasconia.

Los trabajos recopilados han sido escritos en épocas diferentes y su temática es variada. Pero gozan de una indudable unidad interna que realiza el orden de su publicación. Versan sobre dos temas principales: *a)* la historia y la antigua geografía humana de las regiones del Norte de España, que se extienden entre el confín oriental de Cantabria y el norte de Aragón, desde la prehistoria hasta el período de dinamismo vascón que siguió al derrumbamiento del Imperio romano, y *b)* los orígenes alto-medievales del reino de Navarra, el segundo gran núcleo hispánico de resistencia frente al Islam, desde su aparición a comienzos del siglo IX hasta el advenimiento, cien años más tarde, de la dinastía Jimena. Los dos primeros capítulos del libro (páginas 9-33) tratan del primero de los temas reseñados, y los cuatro siguientes (págs. 33-131), del segundo. Un séptimo capítulo (*Trayectoria histórica de la Nueva Vasconia*) constituye un balance luminoso de la historia pasada y presente de las Vascongadas y de las razones que avalan su indubitable integración en la superior unidad española.

Dos son también las conclusiones principales que se derivan de la lectura de los trabajos de Sánchez Albornoz, conclusiones de relevante actualidad puesto que implican la aniquilación, desde la historia, de los dogmas fundamentales del nacionalismo vasco:

a) Las tierras de Vasconia, en el sentido amplio de este término, que incluye a Navarra y a las Vasgongadas, han participado desde la prehistoria de un devenir histórico común al resto de España, del mismo destino e idénticos avatares, de la misma empresa colectiva y multiseccular en la que ha surgido la nación española, de la que forman parte por derecho propio y de manera irrenunciable.

b) Ese destino común a toda Vasconia no es óbice para que sea otra evidencia histórica la existencia de dos Vasconias bien diferenciadas: la primitiva Vasconia, el solar de los vascones prerromanos, es decir, las tierras de Navarra y noroeste de Huesca, muy vinculadas desde siempre al mundo del Ebro y al Mediterráneo, y las Vascongadas, la «Euzcadi» actual, que sólo tardíamente fue vasconizada y cuya historia ha estado siempre estrechamente ligada a la de Cantabria. Una y otra región han tenido

y tienen rasgos comunes pero, en la esencial, dentro siempre de la unidad fundamental de los pueblos hispánicos, son más los rasgos diferenciadores que los unitarios, sin que hayan tenido nunca unidad política salvo, precisamente, cuando con Roma y en la modernidad, han formado parte de la común nación española.

Glosemos brevemente el hilo de la historia que nos relata don Claudio Sánchez Albornoz. En el primer capítulo, basándose en un concienzudo estudio de las fuentes escritas de la antigüedad (Strabón, Plinio, Tolomeo, Hidacio; Juan de Biclario, etc.); demuestra que hasta las postrimerías del Imperio romano, entre Cantabria y Vasconia, sobre las tierras de lo que hoy son las Vascongadas, vivieron pueblos no vascones, los caristios, autrigones y várdulos, étnica y culturalmente emparentados con los cántabros del oeste.

Arqueológicamente nada distinguió a las tierras de Vasconia, en el sentido amplio del término (Navarra y Vascongadas) del resto de España. Hasta aquellas tierras llegaron sucesivamente —y conocieron, a veces, un florecimiento especial— la cultura franco-cantábrica en el Paleolítico Superior, el aziliense y el asturiense durante el Epipaleolítico y, ya en el Neolítico, las culturas mediterráneas de las cuevas, de los megalitos y del vaso campaniforme. Una clara vinculación, pues, al resto de España, que no significa homogeneidad puesto que en el «doble solar de Vasconia» se manifiesta desde fecha remontísima una diferenciación clara entre los auténticos vascones, habitantes de Navarra, y las gentes de la costa. Así, «a la depresión vasca llegaron antes y con más intensidad las culturas y los pueblos procedentes de Cantabria, y a Navarra los pueblos y las culturas del Centro y del Ebro; y algunas de las primeras —la civilización franco-cantábrica, el aziliense y el asturiense— no pasaron a tierras navarras, y algunas de las segundas —la cultura de las cuevas— no penetraron en la depresión vasca». Dualidad que no excluye la presencia de elementos mestizos, en el orden étnico y en el cultural, pero cuya pervivencia es clara desde la prehistoria y perdurable hasta la modernidad. Es ésta —ya lo hemos apuntado— una de las conclusiones mejor documentadas y más firmes de las investigaciones de Sánchez Albornoz: «... no sólo es lícito sino obligado establecer en las sierras de Urbasa, Andía y Aralar la frontera perdurable que ha separado dos comunidades históricas dispares, la "Euzcadi" de hoy y la Navarra milenaria. Los navarros o eran iberos puros o hermanos de puros iberos o estaban profundamente iberizados; y los habitantes de la depresión vasca si no eran cántabros estaban muy emparentados con ellos».

La llegada de los romanos no supuso ningún cambio sustancial en la inicial dualidad. La romanización fue intensa en la primitiva Vasconia —«la Vasconia abierta del sur, claro está»— hasta el punto de que los vascones se convirtieron más adelante, como luego se explicará, en agentes de romanización en la depresión vasca. Permaneció ésta, en cambio, al margen de aquel magno proceso culturizador: «encerrados várdulos y caristios entre el mar y los montes, en una depresión que no llevaba a parte alguna, no pudieron atraer la atención de los colonizadores romanos».

Al producirse, en el siglo V de nuestra era, la crisis final del Imperio romano, la región occidental de la Tarraconense cayó en la anarquía y atravesó lo que Sánchez Albornoz denomina larga etapa de «intemperie histórica», que se prolongó hasta el siglo VIII. Ni los suevos ni los visigodos del reino de Tolosa pudieron domeñar, aunque lo intentaron repetidamente, a los habitantes de aquellos territorios remotos. En esos años de zozobra, los vascones que habitaban Navarra conocieron un momento de dinamismo que les llevó a invadir Gascuña, en el sur de Francia, y a penetrar en la vecina depresión vasca, habitada desde tiempos remotos por los ya citados autrigones, caristios y várdulos.

Investigadores de la talla de Schulten, Gómez Moreno y Menéndez Pidal, y ahora Sánchez Albornoz con renovado énfasis, han admitido ese importante y poco conocido acontecimiento histórico, clave para entender la historia posterior y para situar en sus justos términos el «vasquismo» de los habitantes de las actuales Vascogadas.

La caída de Roma trajo consigo la paralización momentánea del proceso romanizador de la primitiva Vasconia y el comienzo de una etapa de exaltación de sus tradiciones tribales. Fenómeno éste que se detecta en otras regiones del disgregado Imperio romano. Entre esas tradiciones se incluye su propia lengua, el euskera, que exportaron a sus vecinos del oeste. Proceso histórico todo él oscuro, pero seguro en sus líneas más generales. La «vasconización» de las Vascogadas fue, por tanto, un acontecimiento relativamente tardío, fruto de la expansión hacia el mar de los vascones de Navarra quienes, paradójicamente, transfirieron también a sus vecinos los primeros elementos de romanización, de esa civilización superior de la que ellos estaban ya relativamente impregnados. Por eso, después de su vasconización, «la nueva Vasconia, aislada en su pequeño solar nacional, pudo convertirse en un sagrado reservorio de vasquismo y, por tanto,

de hispanismo primigenio, mientras la auténtica Vasconia, menos cerrada, más en perpetuo contacto con las gentes del valle del Ebro y en uno de los eternos caminos de comunicación entre Hispania y la Galia, era arrastrada por el torbellino de la historia islámica de España».

De ahí que Sánchez Albornoz, ante la problemática de aquellas regiones, pueda exclamar que «Navarra tiene toda la razón al resistirse a su incorporación a "Euzcadi"». Es absolutamente seguro que las provincias Vascongadas estaban habitadas por vándulos y caristios de estirpe y de habla celta y que fueron conquistadas por los vascones que se extendían hasta las sierras de Urbasa, Andía y Aralar. De sus conquistadores recibieron la lengua y las formas de vida. ¿Qué se diría hoy si venezolanos, colombianos o mejicanos reclamasen la incorporación de España porque, conquistados y colonizados por los españoles, hablan hoy nuestra lengua y han aceptado nuestras formas de vida? ¿No se calificaría de locura tal pretensión? Pues ése es el caso de las gentes de "Euzcadi" frente a Navarra».

Un perfecto conocimiento de las fuentes musulmanas y del trazado de las calzadas romanas ha permitido establecer con seguridad a Sánchez Albornoz el recorrido septentrional del conquistador de España, Musa ibn Nusayr (*capítulo tercero*). En su campaña del 713, Musa, desde Zaragoza, avanzó por el Alto Ebro y, tras recibir la sumisión del oportunista conde Casius, gobernador en nombre de Don Rodrigo de los distritos de Borja y Tarazona, que se convirtió al Islam y entró en la clientela o mauladía del califa Al-Walid, logró, probablemente, someter a los vascones de Navarra. Prosiguió luego su marcha hacia Asturias y pudo completar la conquista, ya iniciada por su segundo, Tarik, de la España noroccidental.

A la sumisión siguió pronto la rebeldía que tardó, al menos en la primitiva Vasconia, casi un siglo en afianzarse. «Cuando los conquistadores llegaron a la Península —escribe Sánchez Albornoz— los vascones peleaban con los otros hermanos españoles. Pero una vez más se afirma el destino común de todos los hispanos. Esta comunidad de destino llevó pronto a todos los españoles del Norte a alzarse contra sus dominadores musulmanes».

La rebelión de los vascones se inició probablemente tras la derrota de los musulmanes en Poitiers (732), no mucho después de que Pelayo se alzara en Asturias (718). Tuvo, sin embargo, un éxito desigual al Este y al Oeste: los habitantes de la nueva Vasconia se integraron sin dificultad en el naciente reino asturiano y a él permanecieron unidos en lo sucesivo; los vascones

de Navarra, en cambio, fueron sujetos a Córdoba por las campañas victoriosas de Abd al-Rahman I (h. 781). La dualidad tradicional se confirmaba una vez más: «la Vasconia clásica y la "Euzcadi" actual, siempre distintas históricamente y rara y fugazmente integrantes de una unidad política, a parte de los largos y lejanos siglos de común sumisión al señorío de Roma y de los modernos de integración común en la patria hispana, se separan desde entonces por más de dos siglos. El País Vasco de hoy no fue conquistado por Abd al-Rahman y vivió unido a sus hermanos de la costa cantábrica bajo el común gobierno de los reyes de Oviedo; y las tierras vasconas fueron durante dos décadas gobernadas por valíes dependientes de los emires de Córdoba».

No tardaron tampoco mucho los vascones de Navarra en conseguir su libertad. Sánchez Albornoz, como es sabido, basándose entre otras fuentes en el *Muqtabis* de Ibn Hayyán, ha renovado todos los conocimientos existentes sobre el nacimiento del reino de Navarra (resumen de su importante polémica con Levi-Provençal y Fr. Justo Pérez de Urbel, en págs. 67 y sigs.).

Brillantes páginas del gran historiador se recogen en esta antología (*capítulo cuarto*) sobre el derrocamiento y muerte, en el año 798, a manos de elementos vascones, del gobernador musulmán de Pamplona, Mutarrif ibn Musa, miembro de la familia conversa de los Banu Qasi, poderosa en el valle del Ebro desde los tiempos de su epónimo, aquel conde Casius que se sometiera a Musa ibn Nusayr el Conquistador. Y sobre la reacción de su exasperada familia que logró desquitarse entronizando en Pamplona a Iñigo Ximénez o Arista, descendiente de otro caudillo vascón y a la sazón refugiado en Bigorra, a quien los Banu Qasi casaron con la madre del asesinado Mutarrif. «Y, así —concluye Sánchez Albornoz—, por la conjunción de la ambición de un caudillo de la Vasconia ultrapirenaica con el deseo de venganza de una familia de stirpe visigoda convertida al islamismo, nació el reino de Navarra, es decir, el reino vascón por excelencia de la Edad Media hispana».

La dinastía Iñiga rigió los destinos de Navarra durante un siglo, unida por lazos de sangre e interés a sus vecinos, los Banu Qasi, y sujeta casi siempre a los avatares de las relaciones agitados —amistosas o de franca rebeldía según las circunstancias— que la dinastía muladí mantuvo con los emires de Córdoba. Un destino, pues, el de Navarra, bien diferente en el siglo IX al de los vascos de la depresión vascongada, que «resistían con heroísmo las acometidas sarracenas, como las resistieron cántabros, as-

tures y gallegos, a cuyos destinos estaban gustosamente vinculados». «No hacía —recalca Sánchez Albornoz— sino prolongarse el divorcio milenar de dos gentes a quienes separaba la raza y la historia y sólo unía la lengua... de dos gentes, una unida desde hacía milenios a los otros pueblos hispánicos del Cantábrico y otra desde hacía milenios vinculada a los pueblos hispánicos de Levante».

No les fueron bien las cosas a los Arista, a esos reyes que «habían preferido la alianza con la familia de renegados de estirpe visigoda, a la comunidad cristiana regida por los reyes ovetenses». A mediados del siglo IX triunfa sobre el valle medio del Ebro Musa ibn Qasi, el poderoso biznieto del conde Casius. Sánchez Albornoz ha consagrado páginas magistrales (*capítulo sexto*) a la historia de aquel recio caudillo muladí, a quien una crónica contemporánea titula de «Tercer Rey de España». Con el apoyo o la benevolencia de Córdoba logró hacerse, a mediados de siglo, con el gobierno de Tudela y Zaragoza y con el de toda la *Marca Superior* del emirato, y comenzó a expandirse por tierras de La Rioja, en avance inquietante para los reyes de Oviedo. El naciente reino de Navarra no pudo desarrollar, tampoco ahora, una política propia, independiente de sus poderosos vecinos y vivió mediatizado por su influencia. Los Arista «pagaron ahora su deslealtad a la causa de la Reconquista y sus contactos con los comunes enemigos».

Cuando, a finales del siglo IX y comienzos del siguiente, declinó la estrella de los Banu Qasi, ante la contraofensiva de los reyes de Asturias y la de los propios emires de Córdoba, harto de sus veleidades independentistas, se consumó también la ruina de la dinastía Iñiga, que cae víctima de una conjura en el año 905, y es suplantada por otra, la Jimena, que llevaría al reino de Pamplona, con Sancho III el Mayor, a su momento de apogeo en el siglo XI. Golpe de estado aquel decisivo, al que no fue ajeno, sin duda, el rey de León, Alfonso III, y que, «al poner fin al señorío de los Arista, inauguró una nueva política en Navarra, una política de alianza con los reyes de León y de lucha con los califas cordobeses».

En el último capítulo resume Sánchez Albornoz la posterior trayectoria de las dos Vasconias. Las Vascongadas, que habían formado parte del reino de Oviedo desde los orígenes de la Reconquista, contribuyeron, después, de forma decisiva, con sus hombres y su espíritu, al nacimiento de Castilla (siglos IX-X), de la que formaron en adelante parte privilegiada. Sólo de forma efímera pasó aquella región, junto con un sector de la Castilla

primitiva, a formar parte del reino de Navarra en 1029, por voluntad de Sancho III el Mayor, tras la crisis de la dinastía condal castellana. Por primera y última vez en la historia, las Vascongadas y Navarra, a resultas del proyecto imperial de un rey navarro, formaron parte de un único Estado vascón independiente. La nueva situación era contraria a la tradición milenaria de ambas vasconias y no tardó mucho en liquidarse: en 1075, a la muerte de Sancho el de Peñalén, Vizcaya volvió al redil castellano, y a finales del siglo XII lo hacían también Alava y Guipúzcoa: «Y desde entonces el País Vasco, del cual sólo dos porciones habían vivido menos de dos siglos unidas a Navarra, vivió hasta hoy la historia de Castilla. Y con Castilla la historia de España».

Y a ello deben su grandeza, observa Sánchez Albornoz. Porque los vascos «han hecho maravillas... como españoles y conforme a la contextura temperamental hispana». Cuantos han sido grandes en la historia, desde Elcano y Francisco de Vitoria (que era de estirpe vascongada), hasta Unamuno, Zuloaga y Baroja, pasando por San Ignacio y Legazpi, «han sido españoles ante todo y por encima de todo, y como españoles han colaborado a las grandes aventuras culturales de Europa». Sin España —lo afirma con rotundidad el gran historiador— Vasconía sería «una sombra sin vida perdurable»: «gracias a no haber vivido una pura vida aldeana y marinera entre el mar y los montes, a haber sido preciadísimas y preciosísimas porciones de España y del pueblo español, Vasconía y los vascos han ocupado y ocupan aún un puesto al sol de la historia».

ANDRÉS GAMBRA GUTIÉRREZ.

¿UNA DEMOCRACIA PARTICIPATIVA?

Luigi Bagolini: GIUSTIZIA E SOCIETA (*)

Existe una crisis del Derecho —se encuentra en un estado profundo de perturbación— y esta crisis está en conexión con la crisis del Estado y de la autoridad. La política está en crisis. Hay que salvar la política. Para ello es preciso salvar el Derecho, pues la política ha de fundamentarse en él. Para ello es necesario recurrir a la justicia, de forma que el Derecho sea considerado en términos de justicia. Para esto hay que acudir al

(*) Dino Editori, Roma, 1983, 280 págs.